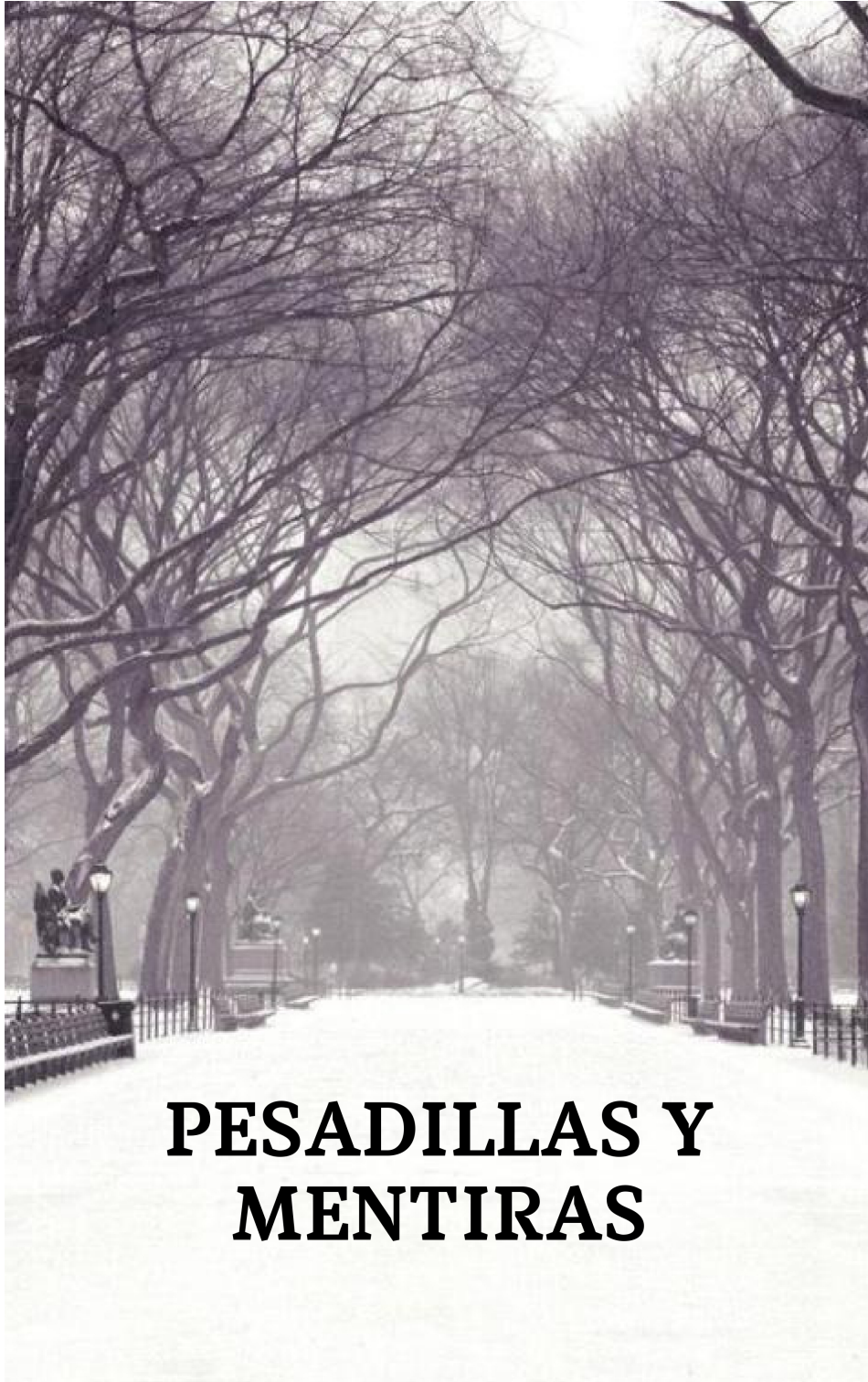


Pesadillas y mentiras

Marlowe



PESADILLAS Y MENTIRAS

Capítulo 1

1

A mitad de la noche de uno de los días más fríos de julio desperté con un sobresalto de la cama a costa de la pesadilla más terrible y diabólica que se le fuera a imaginar mi mente. Y como fue tan vívida aquella alucinación, que antes de constatar que solamente había sido un sueño y sosegar mi frenética respiración, lloré desconsoladamente en la oscuridad que me rodeaba. Pues, como sabrán, no fue una pesadilla corriente aquella que me atormentó aquella noche, sino una en especial que supo desentrañar mi más temido miedo. Y como luego se hizo presente la razón, que tan tarde llegaba, me vi calmado y mis jadeos se convirtieron en respiros suaves y pausados, al llegarme el recuerdo de lo que en verdad había pasado, no así como me lo presentaron mis pesadillas. Y para comprobarlo, pues tanta era mi falta de discernimiento hacia lo que era real de la mentira, me levanté de la cama, y en absoluto silencio me puse las pantuflas del piso y salí de mi habitación valiéndome de la memoria para no tropezar con ninguna cosa que pudiera despertar sonido.

Ya en el exterior del pasillo, empecé a caminar con sumo cuidado, avanzando siempre hacia donde me indicaban los recuerdos, y fue cuando mi intuición me hizo detener ante una puerta semiabierta, y asomando la cabeza adentro, y ayudado por la luz de la luna que se filtraba diagonalmente por una claraboya, hallé un abultamiento de frazadas en el piso, donde un rostro angelical permanecía en absoluta quietud y con los ojos cerrados.

Entonces pude por fin convencerme y decidir que lo que había soñado, era sueño, y no una realidad paralela que, de ser cierta, habría terminado por aniquilarme el espíritu.

Y sin dejar de ver su rostro, que tan absorto me tenía, empecé a recordar la pesadilla...

2

Hacía frío, y a cada segundo que pasaba la esperanza que cobijada en mí se iba agotando y diluyendo, y justo cuando creí que nunca llegaría y que este era mi más terrible fin, allí apareció, súbitamente, en donde mis ojos más habían buscado, con una bufanda, un abrigo y unos guantes de lana que tan bien la protegían del frío. Se acercó al escaño donde estaba

sentado, y con una sonrisa se atrevió a tomarme de la mano y no dejó de sonreír al ver el asombro que por mí pasaba. Entonces yo reaccioné al fin, y con un movimiento torpe de querer levantarme solo logré hacer que mis pies resbalaran en la nieve y quedar en absoluto ridículo frente a la gente que pasaba alrededor del parque. Sin embargo, de la persona que esperé más su risa no la escuché, y en cambio fue ella quien estiró el brazo, ofreciéndola para levantarme. Y como tanto había sido el tiempo que habíamos estado distanciados, y obligado a obedecer la única ley que regía en estas ocasiones bochornosas-la ley del orgullo-, no fue así correspondido mi actuar porque en vez de aceptar la asistencia me levanté por mis propios medios y escondí el rubor que tanto querían brotar de mis mejillas.

Entonces fue cuando recibí una conmovedora moraleja que bien me sorprendió al escucharlo de su boca:

-Si alguien te ayuda no es para que la rechaces-me dijo-, y menos siendo la de tu hermana, que después de tanto tiempo de separados solo busca tu dicha y bienestar. Más bien dime por qué esa desconfianza, que solo hace que entre nosotros se forme encono y estropeeé la cita que hemos pactado.

Mi corazón rápidamente se oprimió en el pecho, y sin importar que algunas personas se habían detenido para mirarnos, enseguida respondí:

-¡Disculpadme! He manejado mal las interpretaciones de tus gestos, y aunque poco sirva de excusa creo que también son los años de separados que también tienen la culpa de mi suspicacia.

Pero ella mantenía el rostro impertérrito, alejado, y de repente toda la gente del parque también me miraba igual, y en mi desesperación por buscar refugio volví a caer en la nieve; pero esta vez ella no estiró la mano para ayudarme, sino que como bien había aparecido, al levantar la vista desapareció súbitamente de la nada, y en su lugar solo transcurría un viento frío que acarició mis mejillas y penetró hasta lo más hondo de mi acongojado corazón.

3.

-¿Que soñaste qué?-me dijo.

Incluso con la oscuridad que nos rodeaba pude atisbar el brillo de su sonrisa blanca.

-Que desaparecías-dije aún un poco entristecido.

Ella estiró la mano y palpó mi brazo trémulo. Solo éramos sombras en

aquella habitación, sombras que se habían unido recientemente.

-Mejor duerme y no pienses más-aconsejó.

-¿Y qué pasa si vuelvo a soñar lo mismo?

-Pues despiertas y me miras para calmarte. ¿Por qué tengo yo que consolarte, siendo tú el hermano mayor?

Era cierto; me ruboricé en cuanto lo dijo. Pero al vernos juntos era como si hubiera vuelto a ser el mismo niño temeroso que antaño fue. Y como ella siempre había sido inquebrantable incluso para los momentos más difíciles, había buscado su consuelo desde que tomé razón.

-Creo-reflexioné, antes de cerrar los ojos-que leer el Quijote también tuvo algo que ver; porque en mi sueño no dejábamos de hablar como españoles del Siglo de Oro.

-¿De veras?-se ladeó hacia mí- ¿Y en tu sueño me viste vestida como una petimetre?

-Algo así...-mentí.

-¡Estás loco!-rio.